



EL FERVOR DE LA MATERIA

Julio César Toledo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



NSOLA



**EL FERVOR
DE LA MATERIA**

Julio César Toledo

**EL FERVOR
DE LA MATERIA**

Julio César Toledo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL

Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Santos Guzmán López
Secretario General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Jessica Nieto Puente
Edición

Alexis Valadez Carrizales
Diseño y Formación Editorial

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,
C.P. 64000. Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx /
editorialuniversitaria.uanl.mx

Primera edición, 2019
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Julio César Toledo

ISBN: 978-607-27-0973-7

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México
Printed in Monterrey, Nuevo León, Mexico

Las gentes tenían un piano, sus muebles, su mujer, su caballo, y les curaban todo el tiempo que sus nimios cuidados se encargaban de prolongar. En una verdadera “calidad” –que la publicidad moderna ha despejado de todo sentido como palabra– ponían nuestros antepasados un empeño inicial al elegir aquellos objetos de uso diario y moderado de que rodeaban su pacífica vida. No había el riesgo de que un cambio de líneas en la corriente de unas modas lentas, orgánicamente evolucionadas y circunscritas a la ropa, les dejara súbitamente anticuada a su señora, ni a la cama en que dormían con su señora.

SALVADOR NOVO. EN DEFENSA DE LO USADO

Para Alikú, materia de mis fiebres

I. LOS COMUNES



QUIEN EN LATÍN EXTRAÑA

La madrugada se mete por la ventana de la habitación sin haber sido invitada. La noche ni caso le hizo, pero se fue. Las palabras descansan cada una en su libro o su cuaderno (estas últimas muy jóvenes, aunque inquietas y curiosas, duermen también en la promesa de que amanezca). La ciudad se empeña desde hace años en meter cables y extranjerías modernas al departamento que Rubén, un cansado y enfermo Rubén, defiende todavía como un Quijote. Las palabras que nunca duermen son las que dentro de él, como vapores, andan con desenfreno a la caza de una idea (o viceversa) para hacerse de una vez tinta o sonido. La noche siempre ha sido bienvenida en las paredes que resguardan del mundo al poeta. Hubo épocas, incluso, en que pareció ser de noche siempre, pese al reloj, allá dentro.

Pero los rayos del sol descubren el desorden que hace días llegó y no se ha ido. Hay cosas por doquier. Algunas son parte de la vida más íntima del dueño: un chaleco de satín verde tortuga; un reloj de bolsillo de hace siglos. Una hoja, amarillenta, con la firma de no sé qué escritor en lengua gala. Los montones de libros que, en el colmo, Rubén

ha bautizado con nombres distintos a sus títulos. Por ejemplo, la *Ilíada* de Homero, se llama *Cassandra* para él. Pero entre tanta y tanta cosa, hay una que la obscena luz de esta mañana metichona alumbraba en su afán de chismorrear. Es una foto más reciente que las muchas que están bajo sus vidrios. Es de una mujer.

Rubén la mira al entender que el alba la señala; quiere decir que sí, que es una amante nomás, una de tantas. Quiere decirle que ya, ni siquiera, se acuerda de su nombre. No lo dice pero bien que lo recuerda; se lo sabe como sabe en tres idiomas estrofas completas de Platón, de Píndaro, de Owen. Al pensarlo y pensarla conjurada entre sus letras, quiere al vuelo consolarse recordando una línea que escribió tal vez para ella: *qué delicia delgada, incomprendible, / la de verte lejos, / y soportar los golpes de alegría / que de mi corazón ascienden / al acercarse a ti por vez primera.*

Pero nada, el recuerdo y la nostalgia ya han salido de la imagen y han caído, como flechas de un decrepito Cupido que, senil, no hace más que repasar certeros tiros que dio hace años. A Rubén se le humedece la mirada. Él, que tapió su corazón con alegría, recuerda ahora –por eso le disgusta la luz de la mañana– en la claridad a esa muchacha. Y en su cabeza se escucha el nombre como una melodía, y esa foto se anima y se convierte en la película de amor

que tantas veces vio en noches de insomnio. Disimula para que el día no le vea así, con ansia de un amor pasado. Con nada más, de esa mujer, que *un clavo fijo en la espalda*.

Pero los años no pasan nunca en vano. Y si algo le enseñó la noche a nuestro bardo, fueron mañas para sobrevivirle a este mundo. Entonces, como sabe que el día es ignorante (este día en particular, aunque lo oculte. Qué puede saber el pobrecito si no escucha a la noche cuando le habla; sabrá, y será mucho, algunas prácticas y sosas palabritas en inglés) para que su pecho no estalle y poder desenredar el embrollo en que la luz los ha metido, dice: *desiderans te*.

Y ambos respiran. Los rayitos de sol, muy confundidos, se esparcen por todos los rincones de la casa de Rubén. Se entretienen calentando sus chalecos, mancuernillas, ceniceros. Se reflejan, como intentando borrar la pena de lo absurdo, en una verde botella de licor. El viejo profesor, amo del mundo, acepta el triunfo en la minúscula batalla ante el recuerdo. Pero baja la mirada, mira hacia atrás, siente todavía un nudo en la garganta. Queda en silencio porque no sabe llorar de otra manera. Piensa en qué útil sería a estas alturas que la vejez le arrebatara los recuerdos para no saber que extraña tanto a esa; o no entender ni una jota de latín.

EL INSTRUMENTO DE UN ARGENTINO

Aunque sus dedos grandes, como eran, daban la impresión de torpes, no lo fueron. En esas casi deformes manos había una habilidad única. Las entrenó desde niño en cuanto cosa pudo: las monedas que una muy etérea abuela le dio, los saltamontes del jardín que en junio saltaban como novias de marzo, y la vieja *Underwood* cuya “R” había sido despintada a fuerza de uso.

Ahora usa una Olivetti, eléctrica, muy distinta a aquella donde sus dedos recibieron marcial adiestramiento. Cuando bailan en la máquina nueva, la suavidad del teclado les provee una doble sensación: sensualidad, como si se deslizaran en la boca de un sexo y fuesen lenguas; y la añoranza infinita por la dura resistencia de las teclas necias de la infancia. Pese a ello, a la liviandad del golpe necesario para escribir, sabe medir el tiempo en esa acción. Conoce la demora que hay en entre una esdrújula y otra, entre el espacio blanco del final de un párrafo y la sangría discreta de un comienzo. Puede calcular, gracias a sus dedos, la hora de la tarde en que hay que parar para comer, y son los golpes en el teclado (ligeros sí, pero golpes al fin)

los que marcan las horas de su vida. Escribe de corrido porque todo va ocurriendo al vuelo en su cabeza. Se detiene, acaso, para mover el orden de la oración con que describe esto o aquello, y en ese tono, mientras piensa, igual teclea, más suave aún para no imprimir sobre la hoja los intentos.

Cada letra tiene una resistencia específica que Julio siente, y sabe de los segundos que eso significa en el tiempo. Entiende que es una página en construcción. Más de uno pensará que es un genio por el acto de escribir más que por lo escrito. Así, marcial de manos, con esos dedos ambigualmente hoscos y gráciles cual bailarines, escribe del *Aplastamiento de las gotas* mientras su pequeña ventana se acongoja por la tremenda arremetida de la lluvia de París.

Cuando las palabras (que en suma hacen las horas) han pasado; cuando Julio sabe que parar es menester, pone la tapa en la Olivetti verde y camina hasta la otra habitación; enciende un cigarro y baja su enorme humanidad hasta un sillón, ahí, blande una trompeta. Todo lo demás es un preámbulo para este instante. Todas las palabras, los nombres, las historias, son sólo el camino para inundar la tarde con sus notas. La hace sonar, la vuelve suya; mueve los dedos sobre las cuatro válvulas doradas como si se tratase de la tecla sin letra de la vieja

Underwood. Y la tarde mojada cede paso a los
acordes de la infancia soñada de un argentino y su
instrumento.

DEL SOL Y EL OFICIO DE TINIEBLAS

Un verano en la playa es suficiente razón para renunciar a la dicha, si es que existe, de despertar entre sábanas acompañado. Las historias eternas frente a la historia de una vez el sol en La Habana. Infiernos particulares donde a veces el sol es un acorde menor; melancólico y oscuro como los sueños de quienes pasean por el malecón. A pesar de todo, el viejo Piñera sale de la ducha temprana con un ánimo distinto. No carga ni hambre, ni resaca. Fuera de la piel todo se incendia, todo transpira. En la cama, aún dormido, suda y ronca René (pongamos que así se llama) tan distenso como su carne morena puede yacer sobre la modesta cama.

El viejo lo deja, se lo ha ganado. Se alista para salir a caminar por las calles con ojos distintos a los de ayer porque el fuego de la noche da bríos para hacerlo, porque quiere que los otros viejos del barrio le vean transpirar el dulce aroma del sexo, presumirles, pues. En la casa hay casi nada: una mesa, un taburete, una cama modesta pero amplia (para que dos hombres hagan lo suyo) y unas cuantas prendas de vestir colgadas de los

cristales que se abren en rendijas, como persianas de las casas del Vedado. Y un sombrero. Panameño, blanco y negro, elegante. Ni diez minutos hace que salió de la ducha y ya está empapado en sudor. Se suma al calor habanero la prisa de encontrar el “panamá” para poder salir. René duerme todavía. Virgilio revisa el cajón, el clóset, el perchero. De la habitación a la cocina pequeña: ahí tampoco hay nada.

¿Y mi sombrero? Pregunta el viejo, con voz suave, para sí mismo quizá. Repasa la noche para intentar descubrir dónde lo dejó: llegué –se dice– (y continua el recuerdo) y entramos. Yo fui a la esquina detrás del sillón para abrir el ron que bebimos, mientras él meaba. Luego vino hacia mí, bajó sin preámbulos el cierre y metió su mano ahí, dejándome sentir su mano fresca (como oasis) en mitad de mi carne que ardía. Y la suya brillaba como el mar en noches claras. Para esa hora ya no traía puesto el sombrero. ¿Dónde está mi sombrero?

La prisa se ha vuelto un amasijo de sudor, ansia y recuerdo; desespera por no encontrar la prenda de su elegancia. No puede salir sin él, qué pensarán los viejos fumadores en sus mecedoras, las muchachas con helados o los posibles Renés que andan ya a la casa de otros Virgilios que los conduzcan al infierno, pequeño, de las casas

habaneras en el verano. Lo necesita. Desde que lo tiene no concibe salir a caminar sin él; a la universidad, al bar, a otros sitios sí, pero a caminar no: cómo hacerlo, o mejor dicho, para qué hacerlo. El panamá da sentido a la caminata y ésta a la miserable vieja vida en La Habana vieja. ¿Dónde está mi sombrero? Grita ahora enojado con toda la intención de despertar a René de sus ensueños. ¿Dónde coño está mi sombrero Panamá? Golpea la puerta, azota las pocas cosas que sobre la mesa de noche hay. El chico despierta aturdido por la jornada nocturna de lujuria y ron. Pregunta qué pasa, pero el viejo está ya tan enojado que lo corre: lárgate, desaparece.

Sale todavía medio desnudo y Piñera, que lo mira con rabia por creerle el causante del extravío del sombrero, al ver la línea –perfecta– que divide la espalda tostada de René (esa que llega hasta sus nalgas) recuerda de súbito: el sombrero está bajo el colchón. Lo puso ahí por precaución, no fuera a ser René uno de esos muchachos violentos que terminan robando cosas. No está dispuesto, nunca lo ha estado, a perder su Panamá, lo demás no le importa pero el sombrero sí. Sonríe, acepta haber sido exagerado con el chico, pero por coherencia discursiva toma la botella de ron, casi vacía, y la lanza por la puerta gritando: no regreses. Entonces

limpia el sudor que le empapa la cara, va directo al colchón y embona el sombrero en su cabeza. Lo tercia, como se debe. Sale en busca de otra historia, ya sea una breve de sol, ya sea una eterna, como la desdicha en él.

PALABRAS DE FURIA PARA EL TIEMPO

Alejandra sabe que los objetos son feroces bestias habitadas por el tiempo. Se les ha metido como demonio inexorcizable; les ha puesto dientes en sus bordes para dañarnos lo más posible en mitad de las noches. Por eso, ella, intenta no tocar con demasiada confianza la pequeña libreta en la que anota frases como “el borde dentado de las cosas”, mientras, además, piensa: el tiempo cae. Sobre nosotros, sobre todo. No el que está domesticado en los relojes de pared o de bolsillo; ese es el hermano retrasado, pequeño, bonachón del tiempo. El tiempo verdadero, el indómito, repta bajo los objetos que guardamos en los áticos con la intención de metérseles bien dentro, pero vivo y tenaz es siempre un cabo suelto, siempre líquido y cayendo, sobre todo, sobre nosotros. Le encantan las cosas que conoció hace siglos: los figurines de cristal cortado que una abuela recibió como modesta dote al casarse, las medias de las tías, sus alhajeros.

Se empeña en volver a revisar las maletas de cuero en que esas mismas tías llevaron sus ajuares en el primer viaje a París. Tienen, él y los belices,

un sangriento lenguaje secreto que martiriza a las hermanas solteronas de las madres. Éstas, con ánimo perséico intentan domar a senda bestia, y a diario destejen los hilos que le traman; le encuentran nuevos usos a esas viejas maletas arrumbadas, les sacuden el polvillo, las –así dicen cada tarde– acicalan y las cuelgan en la alcoba como nuevos roperos muy modernos. Pero el tiempo que desploma está siempre en contra nuestra.

Despierta en vapores de vejez y recuerdos atrapados en los años mejores que se han ido. Y el doble crimen se avecina. Se le hunde con toda furia mientras duerme a aquella vieja (puede ser que no sea tanto, pero el perfume del otoño en un pueblo de la infancia delata a la mujer y sirve de carnada para el tiempo, que indómito, otra vez, busca una presa). Primero, en la mañana (o en la tarde si el sueño fue una siesta) le llega un dolorcillo entre las venas de los dedos.

Luego, con más descaro, le atrae hasta el jardín o la cocina el aroma en porvenir de añejos caldos: jazmines de naranjo, alguna sopa, hueledenoche en flor como una aguja en la memoria. Le viene a la señora una náusea incontrolable. Corre por la casa: la caza, y al pasar frente al beliz, al fin lo sabe, le aplasta, entonces sí, toda y de tajo el tiempo con su

lanza. Le quiso condenar a no ser nada, a matarle contra esencia y contra todo, pero en cambio sólo atrajo hasta sus cuatro paredes esta ola (minúscula quizá) de perdición. Recuerda y sabe (se lamenta) que se ha ido: juventud, ay, que te fuiste, canta en tono muy agudo al llorar. Pero en cambio el tiempo no, el tiempo es otro, vivo como él solo y valentón; malandro y despiadado. Por eso así, tan líquido como es cae sobre ella o sobre él, que el sexo a estas alturas ya no importa. Es ella o eres tú o somos todos, todos, al fin al cabo nomás jugando a ratos a tenerle metido en los cuadernos. Pero nos tiene, somos suyos, por eso nos cae como el espanto en noches infantiles: imperdible e insondable.

Tras un respiro, Alejandra cierra velozmente la libreta. La aleja con cautela para que todas las cosas horribles que ha escrito no salgan con sus filos y colmillos a despertarla esta madrugada en que el sueño le ha llegado de pronto, como hace mucho no venía.

POEMAS DE VIAJE Y MEMORIA

Siempre se preguntaron quienes estuvieron cerca, para qué querría tener tanta caja de papel fotografía. Esas cajas amarillas, de cartón muy grueso que en la tapa decían con letras inconfundiblemente negras: *Kodak*. Y una línea roja bajo el nombre resaltándolo. Es verdad que Efraín fue un fotógrafo incansable, aficionado a capturar imágenes de cuanto paso dio, pero ¿las cajas? Con el tiempo desaparecieron porque las tiendas de revelado fueron supliendo esas cosas que uno tenía que hacer; hoy, incluso, decir “rollo” refiriéndose a la película, es un sinónimo de viejo.

Pero los años en que Efraín vivió fueron otros. Un hombre de cultura debía tener, por lo menos, la afición de guardar algo: plumas fuente, pipas, sombreros, relojes de bolsillo; algo. Él no era un hombre de corrientes sino de innovaciones. Tuvo una colección muy grande de cocodrilos (de todo tipo) pero nunca jamás se preocupó en tenerla, le llegaban a las manos sin más. El silencio que le atribuimos a un muerto guardará la verdad de si “el gran cocodrilo” era conocido así por su colección, o por ser llamado así fue que la tuvo. El primero se lo

regaló un doctor, de origen oaxaqueño, que quería ser poeta. Fue una tarde en la playa de Puerto Vallarta (que no era en ningún sentido lo que es hoy) mientras caminaba recogiendo conchitas de la arena. Oyó una voz grave que le llamó “poeta”. El corpulento doctor se le acercó y le saludó efusivamente: la mano que estrecho es milagrosa –dijo el hombre–. Le obsequió, además de todo tipo de halagos, un pequeño cocodrilo tallado en la coraza de un coco con unos pequeños ojos hechos de los restos de una botella rota que en sus mejores épocas contuvo un mezcal purísimo de los que (tampoco) ya no hay.

Efraín lo guardó junto a las conchas que esa tarde recogió. Guardó también para sí el recuerdo de ese hombre moreno de voz cansada que le confesó mientras comían una sopa de tortuga (invitación expresa del doctor) su anhelo de ser poeta. Varios días le trajo en el pensamiento, un poco para defender la idea de que la poesía no requiere ni libro, ni viajes a congresos, incluso ni siquiera de un poema. Luego el hombre (quien se daba el lujo de escribir en las orillas de esa playa, cada tanto) regresó a su ciudadano consultorio, a su mujer y sus seis hijos; y el poeta a su oficio. De ahí en adelante recibiría innumerables figuritas de reptil. Tuvo uno hecho de cristal muy fino, de

Murano. Uno de estambre que tejió la tía soltera de no sé qué escritor. Incluso un estudiante le obsequió una vez un caimancito bebé, que trajo o mandó traer de alguna recóndita parte de Veracruz (ese terminó regalado en un acuario en la calle de Río Po).

Cuando Efraín comenzó a sentirse viejo, a intuir que su tiempo estaba próximo a acabar, hizo una lista. No era propiamente un testamento, ni un inventario; era un relato hecho de nombres de cosas que, curiosamente, no incluía ninguno de sus muchos cocodrilos. Era una relación hecha poesía de las cosas que habitaban sus cajas amarillas de cartón. Luego murió. En esas hojas sueltas que escribió quizá solamente para él, se detallaba:

Caja Kodak 1: Pétalos de rosa blanca. Istmo de Tehuantepec, 19 de septiembre, año del amor infinito.

Caja Kodak 2: Piedra triangular de color púrpura. Camino a Santo Domingo, octubre de viento y chipi-chipi. Tarde en que empezó “la línea del alba”.

Caja Kodak 3: Concha de un extraño verdor. Puerto Vallarta. Un espejo magnífico, de voz pausada, vino hasta mí en la playa; me saludó como sólo podría uno mismo referirse a sí cuando se encuentra cara a cara. Compartió un manjar

de su terruño, me habló de la magia del nenúfar y me regaló un minuto de paz en la que supe que el oficio es una cosa del azar.

La lista seguía hasta completar las 29 cajas. Cada una guardiana de diversos objetos de diversos lugares, con fechas distintas y explicaciones que, no encuentro otra forma de decirlo, dibujaban la vida del poeta. Flores, piedras, pensamientos; una herencia magnífica para hijos y biógrafos.

Pero Efraín no pretendió nunca jamás dejarles nada. Y quienes le rodearon en vida entendieron al fin, cuando murió, por qué guardó esas cajas de papel fotográfico a las que a veces, cuando no podía disimular el cariño que les tenía, llamaba tiernamente: mis memorias.

EL ETERNO INICIO DE UNA COLECCIÓN INCONCLUSA

No hay mentira más grande que la suscripción a algún límite. En realidad no es posible. El error más grande de los escritores, de los hombres, es creer que todo empieza en algún punto, con fecha precisa, o con una circunstancia determinando todo como causa irrevocable.

Una noche, por ejemplo, en la trastienda de un bar en el que estibadores (principalmente) le dan con aguardiente (diaria) batalla a la realidad, un hombre respetado desciende a los infiernos a causa de los golpes que dos robustos trabajadores del mar le propinan después de haber gozado sus favores. Nadie puede afirmar (ni negar rotundamente) que la escena comenzó esa misma noche, con la luz color ámbar parpadeando afuera del local. Ni con la soledad como un cuchillo entre los muslos cada mañana en el café del desayuno. El hombre hecho piltrafa por los golpes, lo disfruta. O asume que es el precio del deseo. Incluso le extraña cuando (pasa) regresa ileso hasta su habitación. Y sin embargo a mitad de la golpiza algo dentro de él –podría decirse– ha comenzado. Es una idea nada más, una línea pequeña: *todo empieza con Beatriz*.

Antes de llegar a su casa toca en la ventana de un amigo farmacéutico y le pide medio litro de un

remedio (alcohol, árnica, alcanfor) para que los golpes no hinchen ni se infecten. Al llegar advierte que en su baño hay seis botellas de lo mismo y piensa que “6” puede ser el buen inicio de una colección, mas se corrige diciendo: siempre me han interesado las cosas que no sirven para nada.

En la cabeza le golpea con más dolor que otras heridas la novela de Sadeq Hedayat que recién terminó de leer: *La lechuza ciega*. Y no sabe bien si fue ahí, en las líneas de ese trabajo magistral de realidades que empezó realmente todo. ¿Todo empieza, entonces con los ojos? ¿Fue París? A un amigo psiquiatra le confesó que, cuando niño, le fascinaba escuchar hablar a su tío Paco porque sabía de cosas importantes: libros, autores, ciudades de nombres impronunciables en la escasa lengua de provincia en que creció. Se sentaba por horas a escucharle mientras el tío se polveaba la cara con talco y se ajustaba un corsé que, para entonces, Juan Vicente, no había visto sino en su mamá y alguna nana. El amigo doctor le dijo que ahí debió haber empezado todo. ¿Todo? Nada. Nada empieza en realidad en ningún lado, a ninguna hora, excepto cuando las manecillas de un reloj descompuesto se oxidan. Entonces sí, sin intervalo ni credencial posible, la vida se arranca como toro contra todos. Pero no comienza, sigue, pues así ha sido siempre.

Pone en fila las botellas del remedio. Saca de un cajón bajo su cama un escalpelo, luego otro y luego tres; los pone sobre la mesa. Ahí mismo acomoda un montón de hojas sueltas de libros que ha encontrado en distintos lugares, bajo distintas circunstancias. Luego todo lo tira. Y borracho comienza a escribir una novela:

Todo empieza con Beatriz ~~Todo empieza con Beatriz~~ Todo empieza y termina con Beatriz ~~Todo empieza y termina con Beatriz~~ Todo comienza con un perro Todo comienza con la perra de Beatriz ~~Todo comienza con la perra de Beatriz~~ Nada comienza ~~Nada comienza~~ Nada comienza con Beatriz Yo comienzo con Beatriz; Beatriz nació de mí. Yo soy hijo de Beatriz. La obediencia nocturna –escribe y subraya a mano en la hoja de papel–.

Luego escribe: *Pero, a mí, sólo me gustan las cosas que no sirven para nada. Una vez compré unos tirantes. No uso tirantes. Pero los compré, después de elegir entre diez, de probármelos, de estirarlos, sabiendo que mis pantalones no tienen botones para tirantes.*

Luego está muy borracho para pensar, y escribe, y sabe entonces que no importa dónde y cómo comience la novela. Después sale tambaleante rumbo al bar de los estibadores del puerto.

BICHO DE LUZ

La enciende a placer como una lamparilla. Ha mandado poner en su casa las cortinas gruesas, oscuras, con la intención de hacer la noche a cualquier hora y verle iluminarlo todo. Sin recato, como un delincuente feliz ante su crimen, agita la minúscula jaula en que le tiene. La atrapó por accidente en el jardín una tarde de octubre cuando, afuera, intentaba viendo al cielo ennegrecido emular la mirada de un muriente. Es, sobra decirlo, su tesoro. Ha leído cuanto de ellas hay escrito.

Luciérnaga: (Lampyridae) caracterizados por su capacidad de emitir luz (bioluminiscencia).

A veces vienen a la casa los niños; sus hijos, a quienes en silencio le da por apodarar “vikings”, o “burgueses”, dependiendo del ánimo pedinche que estos traigan. Él todo les da, sus últimos dineros los puso todos en un negocio que creyó desde el principio infructuoso, nomás por darles gusto a los pequeños: vender por mayoreo palomitas en los cines. Qué idea descabellada. Pero la pupa brillante es otra cosa. Ni a ellos ni a nadie se las presta, es más, a nadie, por lo mismo le confiesa que la tiene. Y es que, en ese fulgor verde amarillo, Francisco Tario ve la vida en su dimensión más

clara, en su endeble realidad que no soporta una luz tan del otro lado del hombre.

El más pequeño de los niños, el burguesito sonriente que parece albergar en sus ojos dos espejos, opacos pero capaces de reflejarlo todo, tiene también las manos inquietas como peces. Y después del almuerzo (palabra que el papá repudia por ser una costumbre más bien gringa) se ha escabullido, quién sabe cómo, hasta el estudio. Sabe lo prohibido del recinto pero entra y tentonea todo cuanto al alcance de sus manos está. En el borde de un escritorio de cedro, el chico encuentra una jaulita tallada en madera. ¿Qué será?, se dice en la curiosidad de un gato callejero.

No hay que ser sabio, ni siquiera escritor para saber en qué termina la escena que describo. Su padre le reprende levemente antes de dormir, y le deja en el buró la cena que antes le negó como castigo. Luego sale al jardín para fumar y aminorar el dolor de haber perdido la fuente primera de la magia de existir. No puede odiar al chico, le ama. Y sin embargo siente un fuego terrible contra él cuando lo piensa.

Si estar muerto tampoco es la gran cosa. Es más, pudiera resultar, incluso, preferible. Vivir es la tormenta interminable, pararse sobre un filo pendenciero y acechante. En cambio, un muerto

goza la elegancia de los fresnos, el silencio de los mármoles más bellos. Yo, sin pensarlo, así nomás –piensa y se dice en franco diálogo interior– me moriría. Porque estar vivo no es más que una antesala; soñar todas las noches con la piel vuelta satines funerarios, con dulces muertas blancas que nos enamoran con ganas de procrear una nueva generación de nunca vivos. Pero matarle sería lo último que haría, aunque esta noche se solaza en el juego vil de imaginarlo.

Un segundo, poco antes del último jalón para el cigarro que le recuerda inevitablemente al insecto, se cree curado. Al caer en cuenta de lo que piensa cree estar escribiendo aún sin la luz de su luciérnaga. El silencio y la noche le vuelven en razón. ¿Cómo podría? No lo volverá a pensar, por respeto (luto quizá) a la coleóptera acaecida.

Otra noche saldrá en busca de consuelo al jardín, o a la cochera; incluso andará los parques nocturnos con la misma actitud de un desalmado que recorre la escena de un crimen, o los pasos perdidos de la infancia. Hay otras. Hermanastras feroces de la muerta que se empeñan en mostrarse ante Francisco, como gritando seducción con sus rayitos. No las atrapará, ni siquiera para ocupar momentáneamente la jaulita; sabe que sería traición de la más vil, acostarse con la diabla mayor

de los infiernos. Y si así fuera ¿qué? A quién le importará la artera alevosía. ¿Al pequeño vikingo manos lerdas? ¿Al mezquino editor que busca a toda costa meterlo en algún grupo? No.

Más tarde se le ve, otra vez, cerrar las cortinas del estudio. Agitar la pequeña y confortable cárcel de manera en donde, una impostora, a todas luces una burda imitación de su antecesora, se esfuerza sin lograrlo, en, con su luz, hacer el mundo extraño de la noche en pleno medio día, justo antes del almuerzo.

EL SUBREPTICIO PLACER DE OTROS OBJETOS

Siempre, todos, en todas partes, tenemos algo que ocultar en aquello que mostramos. Siempre hay un punto, un ángulo o un ápice de nosotros que supone el otro lado de las cosas. El cantante lo sabe de hace tiempo. Lo supo cuando abandonó la universidad de Granada; cuando dejó a Lucía y no supo más de ella; cuando, por primera vez, miró los ojos de la linda Rocío recién nacida. Lo sabe a ciencia cierta como pocas cosas mas lo calla. Lo disimula, lo oculta, incluso ha gastado más de lo que pudo sólo para urdir un plan (macabro) que llevara a su extremo tal idea.

Más de uno le ha visto comprar guitarras, violas, mandolinas. Instrumentos de cuerda, raros y comunes. Pero todos saben de su afición (pasión podría decirse) por los libros. Su casa, allá en Tirso de Molina, se ha plagado poco a poco de librerías, estantes y repisas que sin modestia expulsan otros objetos para sólo sostener letras encuadernadas. Una traducción al árabe de Don Quijote; uno de Proust muy viejo y maltratado, y muchos pero muchos de los nuevos: Vila-Matas, Bellatin y Lobo Antunes. Pero nada más uno es

cosa aparte, uno en caja de metal con terciopelo, ubicado en el centro del espacio central de aquél librero en el centro de la sala principal del piso de Joaquín. Pasta dura, fillos de oro, un *Ulises* de Joyce autografiado.

Es primera edición, muy bien cuidado, impecable la firma (autenticada) del mismísimo puño del Nobel irlandés. Lo compró en Nueva York a un precio justo (muchos miles de dólares ganados) y él lo ha aceptado: mayormente por joder a los que saben y, claro, no tienen cantidades para el gasto. Con todo y eso se descubre algunas tardes mirar esa primera página con ojos de amor, como al hijo varón que no ha tenido. Lo contempla con los mismos ojos con que vio llorar a Jimena la mañana en que despertó con esa horrible sensación de no sentir su pierna, o como aquella vez en que pasó por “La mandrágora” y vio un anuncio de desahucio de aquél bar. Cada que un amigo de carreras va a su casa, le presume el volumen con descaro; ha salido en la tele siete veces, y hasta cuentan –nadie sabe– que un peruano, Premio Nobel, específicamente para verlo le llamó. Ya se sabe que el asunto de las cuerdas fue una farsa, que la vida le gira alrededor de las palabras, y los libros (se sabe de anhelos acaecidos) son la fuente del poder de la canción. La suya al menos. Por eso ha

levantado su imperio de papel. Su amigo Juan José, de oficio escriba, que firma también en *interviú*, cuando lo vio (me refiero a la edición preciosa del *Ulises*) no pudo resistir la tentación: pasó su palma sobre el lomo, olió sus bordes, sus costuras; usó las comisuras de sus labios para sentir, como en un beso, al tiempo hacerse acaso en ese objeto. Joaquín está orgulloso. La firma de James Joyce equivale en algún punto a la rubia de la cuarta fila con la que todos queremos salir.

Pero todo es, apenas, nada, y debajo de la luz la sombra reina. Transparenta el ardor de la piel bajo la cara sutil de la ternura. La felicidad es un espejo medio roto: el perro es cuidapulgas y anhela con ser gato; el cantante, aunque famoso, su fortuna daría por ser fotógrafo en Playboy. Por ello suele hacer novillos. Todo es un ardid, una comedia, *el flaco* ha construido esa pantalla para no tener que dar explicaciones, ni siquiera a los más íntimos amigos, esas tardes cuando, al borde de llorar, quizá borracho, se postra de rodillas frente a una vitrina (también en la sala de su casa, aunque discreta) y le canta –como una letanía en busca del amparo a los perdidos– a la chaquetilla de purísima y oro, ensangrentada aún, que usó José Tomás una tarde en el ruedo de Linares.

Esos ratos, a la vera de las luces, qué le van a importar esos tartufos. Qué monólogo interior,

qué Molly Bloom en pantaletas. Lo que importa, de veras lo que importa, es el arrojo: un pase bien puesto, una verónica, la mansa ilusión de cortar rabo. Lo demás es un sin chiste de cualquiera.

NOSTALGIA DEL OCASO (PRÓLOGO A UNA FUTURA EDICIÓN DE UN LIBRO ANTIGUO)

Trastabilla y cae sobre un bulto. Un libro sobre otro libro que descansan en un montón de más viejos y polvosos libros. Dentro de estas cuatro paredes todo es cúmulo y desorden.

Ya hace bastante tiempo que esta zona de la ciudad no está habitada. En cambio, abundan las bodegas comerciales y grandes galerones que resguardan desperdicios energéticos. Horacio Kustos viene a diario a repasar su colección interminable. Hay de todo: vasijas, revistas, recipientes; cajitas craqueladas, pantuflas, terciopelos. Cosas que existieron y ya no.

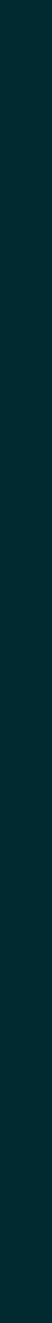
Hoy, buscando una cajita de cerillos (sabe que en algún sitio la puso) ha tropezado y ha salido al descubierto, o más o menos, porque el polvo lo cubre casi todo, un libro: *Los comunes*. No es una pieza de museo, ni siquiera una novela de famosas líneas, sólo un cuaderno de apuntes de un desconocido cuyo interior le llamó la atención hace ya tiempo al explorador. Por eso lo conservó y sumó a su

tiradero. Y con todo, los años y el cambio de era, el librito sobrevive. Pero ¿qué podría tener de especial este volumen? Nada, excepto las sutiles coincidencias. Horacio lo leyó hace unos diez años, pasados más o menos veinte de su primera edición. En una de esas piruetas que el tiempo en manos de algunos sabe dar, le platicó a Chimal (su íntimo amigo, además de un escritor muy conocido en su época) someramente sobre el contenido del libro en el que versa, de una forma medio extraña, la relación que algunos escritores poseen con sus objetos. Y le dijo el viajero al escritor que el libro era, sobre todo, una omisión: que no hablaba de Balzac y su bastón, aunque sí de Cortázar. Fue entonces que Chimal escribió ese breve artículo sobre los objetos de poder. Kustos recuerda con aprecio, no sólo la charla que sostuvo en el pasado sobre el asunto con su amigo el escritor, sino el objeto precioso que Alberto le dio a guardar, y el cual ha tenido consigo mucho tiempo; no aquí en el polvo de la bodega, en casa, bien cuidado.

Pero el recuerdo dura poco y sirve sólo, acaso, para planear una visita al tiempo atrás, cuando esta zona era todavía el habitado sur de la ciudad donde su amigo vivía. Horacio guarda (por decirlo de algún modo, en realidad, sólo echa sobre un bulto de más libros) el pequeño cuaderno,

Los comunes. Y sigue en el afán de encontrar su objeto máspreciado, el de todos su querer: una antigua vela, de las que ya no existen por ser innecesarias; y, claro, una cajita de cerillos para encenderla un rato, e imaginar con la vista clavada en la parpadeante flama, cómo fueron esos años cuando las usaban para alumbrar la oscuridad (qué bonita era la noche). Y le viene de pronto una nostalgia por los días cuando todavía se ponía el sol.

II. LOS EXTRAORDINARIOS



LA ACUMULACIÓN DEL PLACER

Que el cuchillo penetre inicialmente la carne no ha sido nunca el problema, su punta y filo lo hacen apenas perceptible a la mano que se aferra, eso sí, con fuerza a la empuñadura. Los músculos del cuello oponen una sutil resistencia, que si bien no supone la aplicación de mayor fuerza, constata el hecho de que algo se está haciendo, sitúa en la realidad: da cuenta de que se está degollando a la víctima, y, por ende, en la infinita conexión de causas y efectos que la vida es, pronto estará uno en casa, descansando. Hay que lidiar antes, sin embargo, con la tráquea, cuya composición es un reto para el instrumento y quien lo usa. Requiere un juego de muñeca brusco pero grácil que deje continuar, e incluso, a veces, soltar el mango del cuchillo para cambiar completamente la posición de la mano. Habrá quien, esto no se sabe con certeza, intercala la zurda con la diestra para dicho fin.

Por oposición y contraste el resto es francamente imperceptible. Pero toca lidiar con la sangre, a borbotones y tibia, que empapa desordenadamente restando placer.

El placer, cualquier tipo de placer, no se manifiesta de manera lineal ni está focalizado en un solo segmento del cuerpo. Existen partes (internas o de la dermis) que asociamos directamente con un placer concreto pero esto opera sólo porque así construimos la referencia en el recuerdo de dicho gusto. Las causas y, obviamente, los efectos del gozo son mecanismos complejos y difíciles de interpretar.

Al hacer contacto con la persona siempre hay una doble posibilidad: fingir que uno es aquello que imagina que el otro busca, o mostrarse transparente tal cual se es. Para la primera es necesario poseer una habilidad, no menor, de análisis y reacción inmediata; que se gana solo con el tiempo y a base de un repaso minucioso de cada intento (fallido o no), además de una natural tendencia a la mentira. La segunda es, por obvias razones, mucho más fácil. Pero cada cual tiene sus implicaciones: de esta segunda puede derivar la incómoda vulnerabilidad que acompaña el conocimiento de una persona; la primera, intrincada de por sí, puede salirse de control, crecer como una estampida de animales furiosos que nadie es capaz de controlar, ni de salvarse de su paso. Aunque no es amor, se le parece mucho en los elementos que le constituyen, las operaciones mentales y sociales de las que se

debe valer el interesado. Para que todo fluya y se consuma con éxito, en un punto la otra persona debe volcar su expectativa hacia uno y convertir la curiosidad con que empezó en un real interés.

Internet ha acortado el tramo penoso y (quizá) más engorroso: iniciar el vínculo. Gracias a dicho medio la colección ha crecido y puedo al fin sentirme cercano a cumplir una meta. Cada persona tiene un lugar especial en mi computadora: carpeta con su nombre y fecha del primer contacto. Archivo de texto con sus generalidades y algunas reproducciones (casi) exactas de las charlas que sostenemos (nunca *copy & paste*). Archivos de datos con fechas, detalles de minutos invertidos y otros elementos numéricos. Y una agenda detallada, sincronizada con mi teléfono para poder estar al tanto de ello en tiempo real.

El placer, como ya dije, no es uno solo, y su recepción es misteriosa. No siempre la cantidad favorece o va en detrimento de lo que se siente, Nadie puede afirmar que la suma o lo contrario influya de manera directa en lo que el cuerpo (el cerebro a través suyo) siente. Yo, por ejemplo, me considero un hedonista, un derrochador de cuanto goce he conocido, y aun así nunca podría juntar ambos placeres: Mi colección de personas es lo más preciado que tengo; jamás podría involucrar

a ninguno de mis coleccionados en un suceso tan escandalosamente sucio como mi (otro) placer, el de cortar cuellos. Pero debo decir, también a mi favor, que cualquiera de los dos me puede llevar al éxtasis.

TEORÍA DE LA PROPIEDAD

Dafnis abandona la cama desde las primeras claras del día y mete su cuerpo menudito a la tina de latón con forma de cisne que con tanto esmero construyó él mismo para gozar el placer de unirse en agua y aceites, preparando su cuerpo para la aventura del día.

Dafnis es un chico delgado de piel muy blanca, con cabellos ondulados y castaños como de una madera clara y fina que siempre está perfumada; tiene los ojos como el ámbar que ciertos bárbaros venden en mercados clandestinos o como la miel con que los cocineros endulzan los panes de banquetes. Las líneas de su cara son como el trazo de la ciudad: proporcionadas y perfectas. Es un joven radiante que se ha robado para su sonrisa el sol.

Dafnis, como todo adolescente, es un soñador. Ha aprendido bien y rápido el oficio de artesano; se ha convertido en buen fontanero bajo la enseñanza del diestro Dédalo. Pero sueña que pronto será un noble o rey o gobernante. El joven aspira a la delicadeza que sólo da el dinero: los buenos vinos y corderos sazonados, frutillas exóticas que endulzan los paladares y las fiestas. Amor sin condiciones y placeres ocultos; todo a su

disposición entre paredes de mármol y columnas de estucos relucientes. No sabe que esos disfrutes están vedados para la clase trabajadora. No sabe, siquiera, que ni a dirigir el modesto negocio de plomería en que Dédalo lo empleó puede aspirar.

Dafnis viste las cuidadas túnicas –siempre a la moda– que su sueldo de aprendiz le permiten comprar. Camina orondo por las calles de la Polis rumbo al trabajo y en cierta esquina hace una pausa frente a un aparador. Le gusta eso que ve, quiere comprarlo, pero lo que gana no le alcanza; los ahorros no son ni la tercera parte de lo que valen los objetos que ahí se venden. Dafnis esboza una sonrisa y confía. Sabe –o alberga dentro de su pecho la esperanza– que la buena fortuna vendrá y traerá todo eso que él desea. En esa misma esquina espera el camión que lo ha de llevar al taller de Dédalo.

El semáforo está en rojo. Entre las cortinillas de un auto detenido, una mano gruesa dirige un ademán hacia el adolescente que espera su transporte. Y una voz gruesa viene después del movimiento de dedos para decir: acércate. Tras la cortina un rostro barbado y lleno de luz le pregunta su nombre al chico. Dafnis. La conjunción de esas seis letras suena en el eco de la mañana como un himno triunfal de las tropas cesáreas volviendo de batalla. Ambos sonríen y

Dafnis sube al auto, quién sabe si por invitación o arrojo juvenil.

El hombre maduro y adinerado –lo que se nota a leguas– no cede a la tentación de decirle su nombre, se lo guarda para después porque sabe que el sólo pronunciarlo hace temblores y agita ciertos mares.

Dafnis, en cambio, con el encanto de sus dieciséis años en la piel, se deja llevar por toda tentación presente. Le sonrío generosamente regalándole la tibia magia de sus dientes blancos. Se remolinea entre el asiento del lujoso auto, benévolo con los comentarios y toqueteos del noble señor, y su mente debate entre la lujuria momentánea y la imaginación que lo ha llevado a poseer todo cuanto aquél hombre, según se deja ver, tiene.

—Eres, seguramente, hijo de alguna bella diosa.

—No blasfemes, señor. Sólo soy un aprendiz de fontanero.

—Me niego a creerlo. Pero no tendrás que serlo nunca más. Tu oficio no es digno de tu hermosura, Dafnis.

Al pronunciar el nombre del joven, la saliva del antojo inunda la boca del hombre que ya imagina, también, las glorias del efebo que con tanta naturalidad ha pasado ha ser, podríamos decir, de su pertenencia.

Dafnis dice que sí a todos los ofrecimientos del hombre. Primero un cóctel, ir a su casa, unas sandalias. El trayecto en auto es por demás revelador para el mancebo. Descubre que su maduro acompañante es importante (las comunicaciones interrumpen de vez en vez su charla onírica), sabe de política y retórica, algo más que deseable en una compañía.

Y han tomado la ruta hacia la arboleda, lo cual sólo puede significar que los aposentos de aquél noble son al menos una villa y cuando más, un palacio. Todo transcurre entre halagos y desbordadas atenciones. Ya en el palacio –Dafnis se congratula de no haber equivocado la impresión– tras breve pausa en un bar bien equipado, caminan hasta la piscina que supera todo cuanto Dafnis pudo imaginar desde su esquina de camión y aparadores. Beben en la parte menos honda de la alberca.

El hombre habla de sí mismo queriendo equilibrar con intelecto la balanza que por orden natural rebota del lado de la belleza de Dafnis. No se ha dado cuenta que no hace falta el esfuerzo, Dafnis cedió a su poderío económico –y quizá a la oscura belleza que guarda su madurez tras las abundantes barbas– inmediatamente o tal vez antes de su encuentro.

Dafnis es en realidad el cazador y no la presa. En astuto juego avanza su menuda humanidad cerca del dueño, y a aguas revueltas atina el primer beso que no es mal recibido por boca y brazos, mente y sueño del anfitrión. Después del beso todo sobra, todo es adorno innecesario de un ritual que ambos anhelan. A Dafnis le da miedo el primer hombre, pero nada apaga su deseo que es una mezcla de sentir y poseer. Lo quiere todo. El auto, la piscina y al sujeto. No puede ya pensar en nada que no sea el tiempo venidero, lo que resta de sí ya se ha vendido. El adulto desea con más intensidad que el novillo. Lo suyo todo es carne, la pura idea de ser el dueño de aquella humanidad tan exquisita le complace, pero tiene en la palma de su mano el acto en sí, por eso lo quiere, porque sabe que puede y va a lograrlo. Ambos quieren poseer un poco más de lo que tienen, y esta es la ocasión. Lo que viene no puede decirse sin quemar la lengua.

Hay una luz saliendo de la habitación donde ahora, terminada la jornada de la carne y el amor, duermen abrazados.

NO ES CULPA DE NADIE

No se llaman Pedro ni Juan sino de otra forma, con nombres quizá impronunciables. A lo mejor debíamos decir los verdaderos en voz alta, con todo y apellidos, para que los responsables (¿Quiénes son los responsables? ¿Somos todos?) pagaran de una vez o remediaran la historia de estos dos que es la de miles. El caso es que son chicos y a sus quince, ninguno está cumpliendo el sueño que sus padres tuvieron para cada uno.

Digo sus padres porque a ellos ni tiempo de soñar les hemos dado, o quién sabe, a lo mejor muy rápido aprendieron que soñar no vale y cuesta mucho. Ambos viven cerca de Tampico, en un lugar que no es ni Veracruz ni Tamaulipas; sino un punto intermedio entre ambos estados que no está en el mapa, que no es desierto, ni trópico, ni llega la voluntad de ningún político en campaña, mucho menos la de Dios que es más escasa. Uno, el primero, el más chico, el que no se llama Pedro, fue a la escuela y salió bueno para la estudiada, el maestro rural cuenta que nadie, en la primaria, ponía más entusiasmo a la hora de sumar y restar que el muchachito. Hasta la telesecundaria se le hizo fácil al muy vivillo. Al otro, al que no es Juan,

no le dio por la escuela. Ese se puso a trabajar en las parcelas que cuidaba su papá.

Aprendió muy bien todo lo que hay que saber de tierra y temporadas de sembrado. Pero la vida es un melodrama escrito a mano y al muchacho que se llama de otra forma distinta a Juan le dio por creer que trabajar la tierra así, de sol a sol, todos los meses, le daba derecho a reclamar la posesión de esas parcelas y se juntó (mala la hora) con unos que sabían de ir a la cabecera municipal y de derechos y esas cosas que allá, en ese espacio que en el mapa no se llama, no son bien vistas. Apenas cumplía los trece cuando ya había ido dos veces a ver a no sé qué señor, en Tampico, para que regularizara las tierras que, decía con convicción, le pertenecían a su papá. Y lo logró porque un día le dieron un papel que, supuso o preguntó, no sé bien, decía que ese pedazo de país que está después de los huizaches y antes del arroyuelo, eran de Don su padre.

Qué esperanza que la cosa (ojala y hubiera sido) ahí quedara. No, le dio, al muy cabeza dura, por seguirse de largo con los otros ejidatarios; ayudar a fulanito y al papá de otro sin nombre, luego a la familia de doña jodida y a los todos que trabajan la tierra en esos alrededores. Alguna vez, cuentan, habrá de haberse encontrado con el que

no era Pedro en el camino de terracería que sale de los sembradíos y va a desembocar a la carretera federal. A lo mejor, (por qué no, todo es posible) se vieron en la tienda del rosedal y se tomaron un refresco caliente al mismo tiempo; se sonrieron a lo mejor sin saludarse, o se dijeron cosas del clima y las muchachas. O a lo mejor sabían bien quién era quién, se conocían, se llamaban por su nombre y hasta se caían muy bien, no lo sabemos.

Pero sí que sabemos que ese morro que no se llama Pedro, después de la estudiada le dio una calentura común por estas tierras, quiso traer botas de *lizard* y llegar en troca a los bailes –pocos– que de vez en cuando se organizan.

Y no hay mucho que hacer si eso se quiere, irse de brasero quizá, aunque primero hay que juntar un buen billete para pagar el pollero que te lleve. En cambio, si se tiene suerte y el azar ayuda un poco, se puede contactar con esos otros, los que no son de por aquí pero aquí andan, con sombreros comprados en Reynosa y camisas chingonas de oro filo. Pues este chico bien pronto (como todo lo que antes aprendió) le supo al negocio de esas madres. Los otros, los que allá en la capital les dicen narcos, le dieron un trabajo y dinero. Y en casa de sus padres, el canijo muchacho falso Pedro, echó el segundo piso y puso reja de herrería. Qué bendición

y qué contento. Y mientras tanto, ambas madres bordaban servilletas con los hilos endebles en que su alma, apenas sostenida, está en desasosiego de que el pobre (Juan o Pedro) anduviera en esas cosas metido, en esos menesteres que no son de bien.

Pero al consuelo del pobre viene el tiempo, que en este país es siempre breve, y los males no duran (qué fortuna) cien años; a lo mucho dos sexenios. Una tarde en noviembre del año que termina, hace poco, con sus quince años que parecen diecisiete, el joven que no es Juan, el campesino, regresando de una reunión de esas incómodas de confederaciones y compañeros, tras haber leído en la orden del día la posibilidad de no pagar cuotas groseras por vaya a saber usted qué protección, cerquita del camino que lleva de la plaza hasta su casa, cayó rendido a tiros; muerto todo sin remedio: por andar en esas cosas de enredos, dijo a un tío cercano un policía municipal.

No hay derecho gritó en medio del llanto la madre que quería decir en realidad: no es justo para mí que me lo quiten. Hace unos días un diputado (así le dicen ellos a un hampón que quiere serlo) se sentó en la mesa de doña mamá del Juan que no lo es, a escucharla llorar y pedir justicia por su hijo. La culpa no es nadie, le dijo el muy pendejo; es la vida, los narcos, la violencia,

el sistema federal que nos segrega. Yo por eso, madrecita, le prometo... La del otro muchachito fue devota a dar el pésame el domingo.

Hace meses que no ve al suyo, pero sabe que está vivo, aunque en secreto quisiera que estuviera junto a ella, y reza para no encontrarle muerto, una noche de noviembre ni de enero. Sabe bien que no se llama Pedro, y le choca que le digan “El morrito” porque nombres como ese nomás los maleantes se los ponen y su hijo, el que ella crió, el que fue a hacer dos veces sexto grado de primaria (no por reprobado sino porque quiso aprender bien lo que enseñaban) no es rufián. Pero se cuenta en secreto a voces altas, que El morrito es el temor de muchos otros, y que ya, a sus quince años, ha matado a más de dos, y le gusta disparar una “cuarenta” que a uno de ellos le robó. No se llaman, ya dije, Juan ni Pedro. Se llamaba Antonio Leal al que mataron, y del otro sólo sé cómo le apodan. Pero a quién le va importar estos destinos, estos nombres ficticios, estas cifras minúsculas que ningún gobernador tiene en la mente. No es culpa de nadie, bien dijo ya el político, es así, la vida sola en su natural transcurrir nos ha hecho esto. O quién sabe, quizá fuimos nosotros, que en las manos tuvimos el mundo, el país, las decisiones y fracasamos. O fue un presidente o todos juntos. O la bola

de corruptos que se sientan en las cámaras, o el maestro rural de estos dos chicos, o la guerra contra el narco, la invención de los derechos humanos, o los grupos subversivos de incultos ejidatarios.

O nosotros, los que a diario sabemos nombres reales y con todo y apellidos nos callamos; o dejamos de oír cuando nos dicen: basta ya de tanta sangre en nuestras manos.

DILACIÓN DEL DIÁLOGO

Corro la cortina y veo, como quien abre un álbum fotográfico, el paisaje amarillento que viene ya incluido con la renta. *Cómo no seguir escribiendo el monólogo moroso de la caída de la tarde*, escribió Paul Valéry en una carta a una amiga suya, y yo la pienso ahora como si esa frase pudiera tender un puente entre el silencio del departamento y tú, que hace días decidiste irte sin precisar si era temporal o para siempre tu partida.

Me gusta hablar de ti cuando no estás porque es pegarle en su verdor a las palabras, obligarlas a existir, pararlas sobre un filo inescrutable. También porque la tarde anochece en tus vocales y con todo, el corazón sigue en su danza. Me gusta que no estés y hablar de ti pues el lenguaje no alcanza a desnudarte, pero alista mis yemas asonantes y todo pone a arder en suspensivos...

El eco no es tu nombre mas te llama, dibuja entre silencios tu presencia; tal vez en una cama, poblada de adoquines, macera un luto endeble por el sudor de tu sexo.

Tú no estás, yo te llamo solazándome en el juego de inventar. Me gusta que en los pétalos marchitos la huella de la flor refiera el tiempo o en

las blancas paredes de esta nada tu aroma todavía crisper mis poros. En esta enfermedad de hablarte a solas se excita el corazón, y la memoria relincha como yegua embravecida; entonces el idioma se quebranta: repica en sus fronteras veleidosas. Supuestos de limo y tentaciones mezclaron en mi pecho propiedades haciendo de mi piel el osco barro en donde bullen lascivos tus vapores.

(Me gusta hablar de ti cuando te has ido porque cada adjetivo es un dardo que inflama las pupilas, y los muebles atentos me escuchan dibujarte. Yo miro cómo la envidia los araña, cómo torna sus forros amarillos volviendo girones sus tapices, estallando cuando, al fin de mi relato digo pausadamente y con grave acento tu nombre.)

Me gustas, sí, lo admito, aunque el ácido del páncreas festeje con tu ausencia o las musas armen bronca entre sí para evitarme. El sueño de los ciegos lacera mi epidermis e incluso a veces termino por gritar que *no regreses*, imploro a diez mil dioses que vengas hacia mí. Me gustas tanto como hablar de ti en tu ausencia: la voz se almidona al pronunciarte y crecen larvas en mi estúpida memoria. Todo el tiempo de la historia es un instante en donde apenas quieto el corazón te está buscando. Anuda sus arterias, se auto inmola tocando en el silencio tus caricias y vuelve hasta su

arritmia en sobresalto cuando mira el hueco de tu cuerpo entre la luz.

En mitad del dolor que es no tenerte, me gusta creer que no te has ido, pues tus labios ausentes de mi boca hacen aquél beso que soñé. Juramentos sin vértice engalanan esa brecha entre mi tacto y tu fantasma. Hablar de ti, cuando no estás, es un místico trocado de campanas, balido de cordero devorado, profeta que impreca clavado ya en su cruz. Las nubes desgajándose en centellas arremeten contra el sol profanos grises, mientras corre la tarde temblorina y cede espacio a los trinos de ciudad. Las músicas de radio y *compact disc* enloquecen y se vuelven sinfonolas que repiten tu nombre en mis oídos, piqueteando con sus ritmos mi pulmón.

Y sin embargo yo insisto en el soliloquio. Derramo algo de ti sobre el aburrimiento, y aunque chispas de luz pulen mi lengua, nada que yo diga, que digan/ que digamos, calma mi espantosa sed. La danza –en tu ombligo– de mis dedos abre altiva las puertas del infierno en que arderé. El instinto me suena enlobecido, labrando, campo abierto, fantasías: morder canibalísimo tu pelvis. En cambio, cachorrito de ciudad, sólo clavo el diente en mis nudillos.

Me gusta hablar de ti, y pienso ahora: siempre que estoy solo estás conmigo hecha estela de

trazos descompuestos, maldiciones de ausencia y soledad. Cuando no estás hablo de ti, no sé evitarlo. Me alivia porque olvido todo lo que duele en lo que soy.

En un rincón oscuro del vacío, sin mito ni obsesión más que el cansancio, atino nada más a renombrarte y miro, sorprendido –como niño frente al cuerpo de su madre–, palabra tras palabra hacerse añicos, chocar contra la nada, ensordecerse. En la acústica funesta de la casa, que sin ti es nada más una pocilga, ni signo ni vaivén te hacen presente; hablar de ti (cuando no estás) ya no me alcanza, y en mitad de este conjuro tan fallido, o esta clausura, frente a esta minúscula ventana, me descubro solo, dolorosamente solo y mudo.

EL LUGAR DONDE REPOSAN LAS PALABRAS

El sonido repetitivo del pulso artificial no me deja dormir. Sé muy bien que significa que mi padre sigue vivo, pero a ratos, con el cansancio acumulado por los meses de agonía que ha sufrido, quisiera que se apagara para poder yo dormir; dormir una hora, un siglo. Vuelvo al eterno párrafo del libro en turno, lo he releído una veintena de veces para poder extraer lógica de esas palabras, y parece que dice algo distinto cada vez, o formara parte de otra historia, o fuera escrito por un autor diferente cada vez que mis ojos lo buscan. Pienso –ensueño– con un autor todopoderoso que pudiera escribir un texto en tiempo real, para ti: lector obtuso, que respondiera al instante preciso en el que lees. Ahora mismo, para mí, pudiera ser una nana que me durmiera. Pero antes de que el párpado se cierre por completo, otra vez el *beep* que dice infinitamente: tu padre agoniza, pero vive, tú no puedes dormir.

Hace ciento veintisiete días mi padre tuvo una embolia (el término médico, y su descripción son mucho más complicados, pero resumo diciéndole embolia) y desde entonces, como soy el haragán de

la familia, he tenido que cuidarlo –eufemismo para estar sentado a lado suyo– día y noche. He leído, eso sí, todo lo que allá fuera (comienzo a vivir esto como una reclusión) no podía. A mis ocho años leí por primera vez un libro entero: *Un invierno entre los hielos* de Julio Verne. Le siguieron algunos de los que estaban en casa, luego mis primeras compras, y así una lista nutrida que espero no acabe pronto. Hasta ahora no me he quejado por lo conveniente que resulta poder avanzar en las lecturas atrasadas, pero ese goteo electrónico me está volviendo loco. No me puedo concentrar.

Vuelvo al párrafo que se convierte una vez más en algo distinto. Intento arremeter contra su organicidad y leer, de una vez por todas, ese angosto bloque de renglones que me separa del último capítulo. Estoy cerca –muy cerca– de acabar este libro y un parrafito simplón, ni siquiera el clímax de la historia, me lo va a impedir.

Me distraigo pensando en que, de acabarlo ya, tendré que encontrar un momento idóneo, autorizado por enfermeras tremendas, para ir a casa y dejarlo en el librero de los “leídos”, y tomar, al fin, –me excita hacerlo– el siguiente en la lista de “por leer”. En ese primer librero hay unas joyas. Lástima que los libros leídos pasen a un estado de neutralidad fútil. Si yo fuera un hombre sociable podría prestarlos,

regalarlos o intercambiarlos por otros, pero tan retraído como soy, y más ahora, aquí encerrado, los pobres están condenados a no volverse a abrir. Ese librero es un panteón. Aguarda en sus repisas a que cada libro cumpla su –breve– objetivo de miseria, para luego tenerlos ahí ordenaditos por género y abecedario, impolutos y silenciosos, sin perturbar razón ni calendario. Luego, esos, no importarán ya más; acaso alguna vez vaya a consultarlos para sacarme la espina de alguna insulsa curiosidad, como se hurga en los papeles secretos de los muertos; o volveré a ellos por nostalgia y respeto: rememorando el placer dado en los instantes cuando, vivo, sus letras y mis ojos se juntaron en una mágica ecuación. Qué tristeza me dan los libros leídos.

Otra vez el aparato anuncia que no puedo dormir. Descubro que leer es condenar al propio libro. Entiendo que el párrafo con el que he estado lidiando es un héroe que resiste para no dejarme pasar y alargar un poco así la inútil existencia del objeto. Le compadezco. Incluso me enternece.

Intento evaluar la posibilidad de un libro infinito, y resulta tan ridículo como el anhelo inmortal de los arcanos alquimistas. ¿Pero un libro tramposo que te obligara a no llegar a su página final? Un mal libro tiene, también, dicha

cualidad, y no se salva de acabar en el moridero. Además, serían libros a medias, vivos de forma artificial, cuya agonía se prolongara, apenas, en un sonar incansable que no deja dormir a los demás. Y no leer es condenarlos a no existir nunca, que es lo mismo que morir. Un libro, idealmente, que en sus párrafos se prolongara para siempre, que cada vez que se volviese a él pudiera contar una historia nueva: un buen libro, me digo ahora.

Puedo, entonces, volver con entusiasmo a mi lectura, acabo el párrafo y la página, y veloz me como, palabra, tras palabra, lo que falta, hasta el final. Suelto el aire contenido, me recargo. Terminé por fin de leer, y fueron tan intensas esas últimas líneas, tan agradables, en fin, tan infinitas, que no me percaté del silencio que envuelve ya la habitación.

LA MATERIA DEL OFICIO

Soy Margarita y soy una puta. Muy cara y muy sentimental, pero una puta. Las de mi clase no vamos a casa de los señores, que tampoco son más ni menos respetables que nosotras. Nosotras hacemos lo nuestro (que no siempre es necesariamente coger; he cocinado sopa de verduras a petición de mi hombre u ofrecido abrazos maternales mientras éste lloriquea sus penas enroscado en mi regazo) en hoteles o pequeños departamentos de alquiler que no mermen la economía destinada a la caja de chocolates en San Valentín para las esposas (en turno, tampoco se crean que eso es definitivo) ni los juguetes navideños de los críos.

Me solazo a ratos con la idea de que mi tarea sostiene el equilibrio universal. Más de una vez abrí las piernas, no para que el hombre entrara en mí en busca de su puro placer o el descargo de la rabia acumulada –vuelta semen– que hace alzar la sangre a falta de batallas despiadadas que el mundo ha cambiado por “las buenas costumbres”, sino, al contrario, para que saliera, húmedo y complacido (sí, lo acepto), hecho un manojo de curiosidad, buscando del mundo sus

misterios. Al separarse de mí ha nacido. Insensible a la procreación, al dolor o a la gracia que el acto desencadena, es otra vez capaz de echarse la vida en el bolsillo. Aunque tomará un rato: un minuto o unos días, para que supere la sensación, que siempre aparece, de ser cachorro en la llanura. Otras veces, con menor ánimo metafísico, me digo que soy simplemente una puta.

He dicho que soy sentimental porque, en ocasiones, sabiendo que con ello faltaría al inexistente (pero necesario) juramento de nuestra profesión, mas tomando la responsabilidad de hacerlo, me permito querer al que me paga.

La materia de mi oficio no es el alma, pero tampoco la carne. Lo mío está en un sitio, sin nombre biológico todavía, que divide o une, según se mire o convenga, lo puramente sexual con lo abstracto de la existencia.

Soy cara no porque exija una altísima cuota monetaria a cambio de mis dulzuras, lo soy porque, como la araña de fama inmejorable, una vez que pico, mato. Es el síndrome de Casandra. A la larga, aunque se sabe desde el primer instante en que hay contacto entre yo y el sujeto, perderá todo en la locura de creer amarme por haberme poseído. Somos el remedio de la enfermedad que propagan las esposas o novias formales, y al mismo tiempo la

balanza donde la justicia (karma les ha dado por llamarle a últimas fechas) hace sus conjeturas de pesos y medidas.

Se nos mira por encima del hombro con desdén y el asco que los leprosos causan, pero somos nosotras las que hemos normado su moral desde hace siglos. En ese sentido, como el misterio de la trinidad, somos, al mismo tiempo, la exposición máxima del pecado y su resolución en culpa y beneplácito. Pero –y esto me causa tristeza– todo lo que de nosotras, de mí, se diga, será mentira. Por eso no se nos está permitido entrar a las casas de los señores, porque el mundo perdería el poco orden que le queda si lo que somos no fuera un secreto, negación de sí mismo, que sólo puede suceder en cuartuchos de hotel, y otras pocilgas.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| I. Los comunes | 11 |
| Quien en latín extraña | 13 |
| El instrumento de un argentino | 17 |
| Del sol y el oficio de tinieblas | 21 |
| Palabras de furia para el tiempo | 25 |
| Poemas de viaje y memoria | 29 |
| El eterno inicio de una colección inconclusa | 33 |
| Bicho de luz | 37 |
| El subrepticio placer de otros objetos | 41 |
| Nostalgia del ocaso (Prólogo a una futura edición de un libro antiguo) | 45 |
| II. Los extraordinarios | 49 |
| La acumulación del placer | 51 |
| Teoría de la propiedad | 55 |
| No es culpa de nadie | 61 |
| Dilación del diálogo | 67 |
| El lugar donde reposan las palabras | 71 |
| La materia del oficio | 75 |

JULIO CÉSAR TOLEDO Obtuvo el Premio Nacional de Poesía “El búho”; el Premio Nacional de Dramaturgia Joven UDEM, la beca de la “Foundation for Contemporary Arts” en Nueva York, y fue finalista de los premios internacionales de poesía joven LAGARUA 2007 y Desiderio Macías Silva en 2009. Ganó el Premio Regional de Poesía Rodulfo Figueroa en Chiapas en 2008. Es autor de los libros: *Del silencio* (FRAF 2003). *Hombre, mujer y perro* (Anónimo Drama 2004). *Quicio* (FETA 2008). *Suplencias para el nombre del padre* (Coneculta, Chiapas 2008). *La vida a escala* (Foc, 2012) *Los libros de la fatalidad* (UNAM, 2012), *Esdrújulo animal* (Canapé, 2013), *Manual de auto depresión* (La Cifra, 2013), *Palabrota* (La Cifra, 2015), *Todavía suposiciones para un país que ya no* (Abismos, 2018).

“Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.”

*El Duque a Sancho, al conferirle el gobierno de una ínsula.
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, Libro II, capítulo XLII*



El fervor de la materia de Julio César Toledo terminó de imprimirse en marzo de 2019, en los talleres de Serna Impresos, S.A. de C.V. En su composición se utilizaron los tipos Cormorant, Playfair y Californian BT. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto. Diseño editorial de Alexis Valadez Carrizales.







ÍNSULA

EL FERVOR DE LA MATERIA

Julio César Toledo

“Intento evaluar la posibilidad de un libro infinito, y resulta tan ridículo como el anhelo inmortal de los arcanos alquimistas. ¿Pero un libro tramposo que te obligara a no llegar a su página final? Un mal libro tiene, también, dicha cualidad, y no se salva de acabar en el moridero. Además, serían libros a medias, vivos de forma artificial, cuya agonía se prolongara, apenas, en un sonar incansable que no deja dormir a los demás. Y no leer es condenarlos a no existir nunca, que es lo mismo que morir. Un libro, idealmente, que en sus párrafos se prolongara para siempre, que cada vez que se volviese a él pudiera contar una historia nueva: un buen libro, me digo ahora.”

De “El lugar donde reposan las palabras”

ISBN 978-607-27-0973-7



9 786072 709737



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL